

Los 20.000 comuneros

El nuevo libro de Germán Arciniegas (*20.000 comuneros hacia Santa Fe*. Bogotá, Editorial Pluma, 1981), que comienza a circular en estos días, pone a nuestro alcance una documentación completa, y en parte inédita, sobre la gesta comunera. Pero, a pesar del valor que eso tiene, lo más atractivo intelectualmente de la obra es la “Presentación”. Cuarenta y siete páginas magistrales que no solo dan a aquel acontecimiento de nuestra historia todo el valor que tiene como expresión de los sentimientos populares que culminarían en la independencia política, sino que muestra la verdadera raíz de aquellos, que no brotó en Francia o en Filadelfia. Fue en tierras de Castilla donde el *común* adquirió personería histórica, no propiamente por los levantamientos aristocráticos de Toledo; más bien por los populares de Segovia, de Madrid, por el llamado “brazo popular” que participó en la Santa Junta de Tordesillas, para ocuparse de los agravios hechos a los naturales y de “las imposiciones y cargas intolerables” que estaban padeciendo esos reinos. Como en el caso del Socorro, vemos en el de las Comunidades Castellanas una mezcla de pueblo y de dirigentes, inclinados estos desde el principio a pactarla paz y algunos guiados por personales ambiciones; más animados los otros contra la injusticia del sistema imperial en cuanto a las cargas se refería. Hay que resistir, empero, a la tentación de comparar a Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado con José Antonio Galán, Molina, Aleantuz y Ortiz; no hubo aquí tropas que acuchillaran a los labriegos, como en Villalar, y los 20.000 campesinos que marcharon sobre Santa Fe no cometieron ninguno de los excesos que se atribuyen al populacho que siguió a don Pedro Girón y el obispo Acuña. Desde luego, Arciniegas no pone énfasis en paralelismos personales; lo que destaca es el profundo significado del *común*, de la asociación de los hombres que se sintieron solidarios y titulares de un derecho contra el imperialismo, contra los privilegios y abusos, contra la violación del derecho a participar en la determinación de las cargas fiscales. “Parece increíble -agrega el autor- que la raíz de la independencia en Colombia sea española y no francesa ni angloamericana”.

Y esa raíz española aparece clara en el gesto colérico de Manuela Beltrán. “Ella sola es capaz de lanzar a los campesinos en su marcha hacia Santa Fe”... Esa marcha “de los campesinos del Socorro a Zipaquirá, una locura y un ejemplo de voluntad que no se repetirá en la historia colombiana. . . hubo la consigna tácita de una revolución blanca”, sin tomar la plata de las cajas del Rey, sin matar. Y en esta última característica de la marcha comunera sí se marca una diferencia con ciertas acciones de las comunidades castellanas; como la hay entre el revolucionario popular que fue Galán y el noble despechado que fue Juan de Padilla. Pero, repito, lo esencial y lo que destaca Arciniegas es el sentimiento del derecho del común, generalizado, profundo, que no nace de una prédica doctrinaria, sino que está anclado profundamente en el alma de quienes se sienten hombres iguales a los otros.

“Hasta no hace mucho tiempo —dice Arciniegas— se fijaba como fecha de partida del movimiento emancipador el 20 de julio de 1810. Con esa falsa indicación se borraba, y se borró, el indispensable antecedente comunero y aun el de la revolución universitaria”. Y tras de hacer una síntesis hermosa de ese movimiento y del papel de Galán, desde que surge en Puente Real el 3 de mayo de 1781 hasta que el 18 de junio se inicia su cacería para entregarlo a las autoridades del Rey, estudia Arciniegas el proceso de las revoluciones populares que se extienden en toda Suramérica en el siglo XVIII. Se remonta, y muy acertadamente, a otras afirmaciones más antiguas del *común*, desde el de la asamblea que en el Darién destituyó a

Enciso y proclamó a Balboa y la actitud de Jiménez de Quesada que se alza contra el gobernador de Santa Marta y se convierte en el fundador del Nuevo Reino de Granada. La del *común* es una larga historia y Jiménez de Quesada tenía presente la de España, como existía en el pueblo la idea de que se le ocultaban los documentos y las doctrinas que lo favorecían, desde Panamá hasta el Paraguay. La antorcha comunera brilla en las trágicas gestas de Túpac Amaru y Túpac Catari el del Alto Perú. El primero fue ejecutado a los dos meses de haber estallado la revolución del Socorro y nueve meses antes de la ejecución de Galán. Pero después de la ejecución de Cuzco viene el cerco de Túpac Catari y La Paz, y el levantamiento del Socorro coincidió con otras protestas contemporáneas. B Tumaco I Mérida de Venezuela, de Guarne en Antioquia a Neiva, de Silos en el norte a Túquerres en el sur, Nueva Granada fue una base tan ancha como la que tuvo Túpac Amaru para llevar su rebelión a diversos y apartados rincones del mundo incaico”.

¡Cuántos sutiles y acertados atisbos que no he encontrado en otros historiadores! Los relativos al caso de Túquerres, por ejemplo, que también ayuda a entender la actitud de los Pastos durante la guerra de la independencia. Se despierta el recuerdo de “las revoluciones del pueblo que antecedieron a la de la independencia —dos siglos y medio de luchas, derrotas y esperanzas— cuya consideración debe servir para hacer una más equilibrada valoración de la historia”. Y una frase que resume magistralmente la gesta: “De lo de los comuneros sale en claro que fue una muchedumbre sin demagogo a la cabeza. Galán no fue orador. No llegó a hacer discurso alguno antes de que le cercenaran la cabeza, de que el verdugo le hiciera salir la lengua al ahorcarlo. Fue suerte grande que la necesidad de exponer en orden las quejas redujera a los comuneros a ser reflexivos en tomo a ese Medina que recogió y puso las quejas en el articulado de las Capitulaciones. Y así, si no fueron felices los días de la pacificación, quedó al menos una como Carta Magna que hay que grabar al fondo de independencia”.

En efecto, uno de los más interesantes documentos que nos ofrece el libro es el texto de las Capitulaciones originales, las redactadas por los comuneros para presentarlas al comandante general. El estudio de sus cláusulas resulta, en verdad, apasionante. Contra ellas se levantaría el acta secreta cuyo texto también nos presenta Arciniegas. Los justos reclamos son calificados como “descomunales propuestas”; pero ante el temor se “procedió a la admisión, aprobación y confirmación de dichas proposiciones, *bajo el seguro concepto de su nulidad*”. Y a eso siguió el perjurio, consumado solemnemente en la iglesia de la parroquia de Zipaquirá.

Hermoso capítulo de la “Presentación” el que Arciniegas consagra a nuestra Plaza de Bolívar, “el cuadrilátero de cien varas de lado en torno del cual fue formándose el Nuevo Reino de Granada”. Los documentos relativos a los impuestos que encendieron la llama de la revuelta vienen a complementar con minucioso detalle el estudio justamente célebre de Clímaco Calderón. Tiene un interés excepcional, de igual manera, el hasta hoy inédito escrito en que la Real Audiencia da | su majestad cuenta del levantamiento del Socorro en el cual puede apreciarse bien cuánto se había extendido el sentimiento de rebeldía en la Nueva Granada. Los versos de la llamada “Cédula del pueblo” a los cuales ya se había referido Manuel Briceño y cuyo texto completo publicó tomándolo del Archivo de Indias el historiador Cárdenas Acosta se reproducen también con innegable acierto. La ingenua expresión del descontento que provoca una sonrisa nos llega también muy hondamente con su significado de protesta:

*“Solo nosotros estamos de pendejos,
En las Indias las vainas aguantando...”.*

Es imposible no compartir la sorpresa de Arciniegas ante el hecho de que Bolívar aparezca ignorando lo que fue el movimiento comunero y la “pacificación” que a ese movimiento siguió y que no pudo ahogar en el pueblo su recuerdo. Y como esa observación abundan otras en la obra. Pero hay en la presentación un enfoque sobre el cual conviene llamar especialmente la atención de los lectores. Dice así el autor:

“Buscando las etapas que llevan a la guerra de la Independencia, me parece posible fijar tres jalones, que paso a paso agrupan a toda la población en torno a un pensamiento central: la creación de una república independiente y democrática. Las tres etapas serían:

“1. La revolución universitaria que acaba con la autoridad secular, echando por tierra principios de respeto que parecían intocables (1774).

“2. La revolución comunera que se inspira en causas económicas, sociales y agrarias (1791).

“3. La revolución política que pone punto final al gobierno español en América (1810 a 1824)”.

Sobre la primera revolución, la académica, hay que meditar y darle toda la importancia que tuvo. La centra con razón Arciniegas en la explicación por Mutis del sistema de Copérnico en el Colegio de San Bartolomé primero y luego en el Colegio del Rosario. “Era el derrumbamiento, a vista de todo el público, de las autoridades en que se venía apoyando el sistema universitario. Es claro que si la autoridad de los santos padres o de Aristóteles sufre un golpe decisivo, todas las autoridades políticas —las de los reyes, las de los virreyes— y los catedráticos se ponen en tela de juicio. Se abre un camino inesperado para combatir a quienes fundaban su gobierno en un derecho divino indiscutible. Tan patente es todo esto que entre los discípulos más cercanos a Mutis aparecen los primeros propugnadores de la Independencia”.

La revolución académica tenía que influir, en efecto, sobre todos los más profundos sentimientos y concepciones del hombre. Hay una página de Anatole France que comenta bellamente los efectos espirituales de haber establecido que la Tierra no es el centro del universo.

La expedición botánica puso, nos dice Arciniegas, “a caminar sobre la misma ruta, de la mano, a indios y a estudiantes. ‘Quienes sabían de nuestra tierra, nuestras plantas, los minerales y los vegetales eran los indios quienes vinieron a convertirse en profesores de los sabios’. El indio pasa a ser un hombre que sabe cosas y se las comunica al blanco en un primer experimento de acercamiento humano. Ese fue nuestro humanismo descubierto”. Los sabios, luego, pasaron como Caldas, a meditar sobre los temas políticos. Además, no había una honda separación entre las especulaciones filosóficas y las ciencias naturales. Siempre recuerdo que don José Félix de Restrepo fue profesor en ambas disciplinas.

La segunda etapa hacia la independencia está representada por la reacción contra los impuestos y los estancos, sobre todo la del tabaco que tanto afectó el desarrollo económico del Nuevo Reino. El despotismo ilustrado dio su contribución espiritual a la libertad e independencia; las cargas y una torpe política económica, que solo vino a tener algunas modificaciones en la etapa postrera de la dominación I española, hicieron nacer la rebeldía del hombre corriente, del *común*, que empezó a sentirse con derecho a no admitir cargas y limitaciones impuestas contra su voluntad. Y no se trató, lo demuestra bien Arciniegas, de un movimiento circunscrito a un lugar o a unos pocos lugares; brotó en distintas partes de América, y en cuanto toca a Colombia

son notables los documentos que nos ofrece su libro sobre las inquietudes de los naturales de Guarne y La Mosca, en la jurisdicción de Rionegro y del pueblo de Sopetrán. Los mazamorreros protestan contra el tributo que deben pagar; los estancos estaban ligados al problema agrario y resulta interesante ver que alrededor de esas materias las gentes de Antioquia se preguntaban unas a otras de qué bando eran y se oía decir “si es del bando de los del Socorro y San Gil, arrímese acá”, como puede leerse en las comunicaciones de Pedro Biturro Pérez y en las de Alonso Jaramillo.

Otro capítulo interesante es el de la defensa de don Salvador Plata, el que mayormente persiguió a Galán y quiso hacer méritos con la Corona, por cuanto relaciona las revueltas del Socorro con las noticias que allí habían llegado sobre el rebelde de Túpac Amaru. Otra muestra de las etapas que precedieron a la política de la independencia.

Llama la atención Arciniegas sobre los largos periodos de silencio que han rodeado a la gesta comunera. Silencio casi inexplicable de Bolívar, que no se refiere a ella en ninguno de sus copiosos escritos; silencio del país, hasta que al cumplirse el primer centenario del sacrificio de Galán publicó su libro *Manuel Briceño*. Curioso destino. Alguien creyó que era necesario poner trabas a la celebración del desfile que encabezó hasta el sitio del sacrificio Luis Carlos Galán.

“Nueva Frontera”. 8 de febrero de 1982